

ACTUALIDAD DE LA TEORÍA CRÍTICA

JOSÉ A. ZAMORA

joseantonio.zamora@cchs.csic.es

En la segunda mitad de los años ochenta, cuando la *Teoría de la acción comunicativa* (1981) celebraba sus momentos de más amplia recepción y mayor éxito mundial y su autor, J. Habermas, se convertía en muchos países, también España, en sinónimo de Teoría Crítica, comencé a trabajar sobre el pensamiento de Theodor W. Adorno con el fin de escribir una tesis doctoral. A los ojos de mis buenos amigos del gremio filosófico resultaba sorprendente y en parte inexplicable que, teniendo la oportunidad de trabajar en Alemania sobre Teoría Crítica, me orientara hacia un pensamiento “superado”, cuyas aporías y callejones sin salida habían sido puestos al descubierto por la “nueva” generación de pensadores de la llamada Escuela de Fráncfort. Y si algo había quedado en el tintero de esa casi heideggeriana *Verwindung* de Adorno llevada a cabo por Habermas, lo que restaba por ser asumido de su estética, de ello acababa de dar cuenta su discípulo Albrecht Wellmer en *Sobre la dialéctica de modernidad y postmodernidad* (1985). Creo que esta opinión era ampliamente compartida en ese momento.

No sólo por terquedad, también por la constatación de que la importa crítica de las aportaciones de Horkheimer, Adorno, Marcuse y Benjamin resultaba irreconocible en los que se proclamaban o eran proclamados herederos suyos, continué con mi propósito. Según avanzaba en mi trabajo se iba confirmando el carácter de absoluta impostura que tenía la construcción de una historia de intelectuales bajo el epígrafe de Escuela de Fráncfort, su disposición en supuestas generaciones y el troquelamiento evolutivo y teleológico de sus aportaciones teóricas que convertía cada generación en heredera y superadora de la anterior. Resulta verdaderamente sorprendente cómo se ha logrado imponer esta visión, presente en muchas obras del ámbito hispanohablante, desde el libro introductorio de Adela Cortina *Crítica y utopía* (1985) hasta bastantes de las contribuciones al libro *La Teoría Crítica y las tareas actuales de la crítica* (2005) editado por Gustavo Leyva. Como ha mostrado con extraordinaria lucidez Detlev Claussen en su artículo *Kann Kritische Theorie vererbt werden?* (2004), en dicha invención

de la tradición concurren diversos factores que tienen que ver con la maquinaria académica y sus lógicas, pero también con las transformaciones sociales y culturales que se producen después del 68. Entre los primeros se encuentran el papel que tiene la historiografía científica o intelectual en la organización de la propia institución académica y el influjo que ejerce en las políticas docentes e investigadoras. Quien logra imponer una determinada reconstrucción histórica obtiene buena parte del poder científico y viceversa. Formar y administrar tradiciones teóricas o “escuelas” de pensamiento resulta ser un objetivo de primer orden. Pero el resultado es que las diversas tradiciones terminan constituyendo un arsenal conceptual infinitamente variable y combinable y los autoproclamados (¡) cambios de paradigma una exigencia de afirmación teórica. Bajo la lógica de la industrial cultural y la competencia del mercado también en el mundo científico y académico la novedad sustituye a lo verdaderamente nuevo. Acuñar un término novedoso es la mejor garantía de éxito. También la capacidad de integración de otras aportaciones teóricas se convierte en un aval del poder de una teoría para imponerse en el panorama científico y académico y, supuestamente, en una prueba de su mayor complejidad. J. Habermas es un prototipo de este procedimiento. Muy pocas corrientes de pensamiento escapan a su extraordinario poder de integración, por más que ésta se parezca en muchas ocasiones a una cama de Procusto, cuyo destino final consistió, según la mitología, en recibir su propia medicina.

Por lo que respecta a la Teoría Crítica, mientras él administraba con extraordinaria inteligencia un distanciamiento frente a sus supuestos predecesores y a los contextos políticos en los que habían alcanzado relevancia no exenta de conflictos, un grupo de investigadores de su entorno (Dubiel, Söllner, Honneth, Wiggershaus,...) construía diligentemente un relato de historiografía intelectual que le permitía inscribirse en una línea de pensamiento como legítimo heredero y, al mismo tiempo, como consumidor de un *giro* que resolvía todas las aporías y derivas negativas construidas *ad hoc* por esa misma historiografía. Los términos que daban el salvoconducto de actualidad y convertían el pasado en etapa de tránsito superada eran: “filosofía del sujeto _ intesubjetividad/giro lingüístico”, “filosofía de la historia _ teoría de la evolución social”, “crítica de la razón instrumental _ dualismo interacción/trabajo” “dominación total _ colonización sistémica”, “crítica total autodestructiva _ fundamentación normativa de la crítica”, “mediación dialéctica _ contraposición de mundo de vida y sistema”, “pesimismo

histórico/abstención de la praxis o mesianismo político _ utopía formal/democracia deliberativa”, etc. Sobre las limitaciones del “nuevo” paradigma no es el momento para extenderse, pero los clichés acuñados sobre la proclamada “vieja” Teoría Crítica han alcanzado tal carácter hegemónico, que la mayoría de nuevos investigadores que se acercan a estos autores han de realizar un enorme trabajo de desbroce y desescombro, si no quieren quedar atrapados en esos lemas simplificadores.

La construcción historiográfica es, como bien percibió Walter Benjamin, la negación de la *actualidad*, es clausuración y relativización del pasado para supeditarlos a las necesidades de legitimación del presente. Cuando los pensadores de la Teoría Crítica hablan del “núcleo temporal” de la verdad, no están adhiriéndose a la visión historicista o de sociología del conocimiento que trata de contextualizar las ideas en su tiempo. Si fuera así, la apelación a un determinado “contenido de experiencia” poseería entonces un carácter relativizador sin “contenido de verdad”, quedaría reducida a aquello que condicionaba el pasado y frente a lo que el historiador ha ganado distancia, al menos la que permite construir una objetividad histórica o una nueva interpretación basada en la continuidad entre el pasado y el presente y su relación evolutiva, relación que encuentra expresión en la construcción de cadenas causales más o menos artificiales. Bajo el esquema de “época dorada-decadencia” o de “progreso lineal” se impone lo que Benjamin llamaba “empatización con los vencedores”. Las quiebras, las catástrofes, los sufrimientos,... no son determinantes, son momentos superados o superables que pueden condicionar negativamente el curso material de los acontecimientos, pero frente a los que resulta posible y necesario recuperarse y de los que no cabe esperar efectos sobre la constitución científica de la teoría. Lo que este planteamiento relativizador revela es una complicidad con la lógica de la dominación para la que lo dominado sólo posee un valor funcional e instrumental supeditable a objetivos supuestamente más elevados. Sin embargo, al menos en dos sentidos relevantes para nuestro contexto podemos decir que no está clausurado el pasado. En la pervivencia actual de las causas que produjeron dicho pasado y en los efectos sobre el presente de lo que quedó frustrado injustamente. No sólo forma parte del presente lo que se impuso con poder histórico y social, también las posibilidades no realizadas y las esperanzas incumplidas por efecto de ese poder. Quien maneja un esquema evolutivo permanece inevitablemente ciego a estas actualidades sin poder.

Dicho esto, reclamar la *actualidad* de la Teoría Crítica no puede consistir en quedar paralizado como una estatua de sal ante el impresionante espectáculo de unas personalidades indudablemente singulares, cuando no geniales, para practicar entonces un culto intelectual completamente incompatible con la crítica. No se trata tampoco de convertirla en una instancia a la que se está incondicionalmente entregado, sino de reconocer en ella una aliada para desentrañar y transformar el presente. Se trata de establecer *constelaciones* entre presente y pasado, cuyo valor se experimenta en el momento del “despertar de la conciencia” en medio del curso (todavía aún) catastrófico de la historia y se hace efectivo en el “ahora” en que se reconoce la realidad actual con sus peligros de destrucción y sus oportunidades de transformación radical. Pero esto significa, como ha señalado D. Claussen, que la experiencia posee un carácter constitutivo para la teoría, un carácter que sólo resulta reconocible desde la prioridad del objeto, es decir, de la realidad contradictoria y negativa, así como desde la necesidad de una praxis transformadora, incluso bajo la dolorosa constatación de su actual ausencia. La reivindicación de la dialéctica, sin la que –a decir de O. Negt– no hay Teoría Crítica, tiene que ver con esa prioridad de lo real, de la materialidad histórica y social, cuya negación determinada da contenido a la crítica. Cuando se pierde el contacto con esa realidad exterior, cuando se da prioridad a la fundamentación normativa o a las determinaciones formales de la teoría, carece de sentido hablar de Teoría Crítica. Adorno lo expresa de manera absolutamente clara en “Sobre la lógica de las ciencias sociales” (1962): «El camino crítico no es puramente formal, sino también material; si sus conceptos han de ser verdaderos, la sociología crítica es, según su propia idea, necesariamente también crítica de la sociedad, tal como lo desarrolló Max Horkheimer en su ensayo sobre teoría tradicional y teoría crítica». Por eso no deja de ser llamativo que todo el esfuerzo de fundamentación y construcción del nuevo paradigma de la acción comunicativa acabe con una reducidísima capacidad de crítica material, delegada a los escritos políticos menores sin demasiadas pretensiones teóricas.

¿Cuáles serían algunos de los principales contenidos de experiencia constitutivos de la Teoría Crítica que pueden seguir reclamando actualidad?

En primer lugar quisiera subrayar su concepto de materialismo. Este no se identifica con la pretensión de explicación totalizadora de la realidad desde un principio –la materia por contraposición al espíritu–, sino con la negación de la injusticia. Esta

negación está vincula con la experiencia de sufrimiento. No en el sentido de un “a priori” que fundamenta la crítica, como erróneamente interpretara Sloterdijk en *Crítica de la razón cínica*, sino de lo que Th. W. Adorno llamaba “lo añadido” en lo moral (*das Hinzutretende*), esto es, el sustrato somático de todo sufrimiento, que instaura permanentemente la distancia frente al poder que golpea a los individuos y posibilita la protesta, origen del pensamiento crítico no asegurable *a priori*. Tiene razón J. Holloway al colocar el grito en el origen de toda teoría crítica y de toda praxis transformadora. No es que baste el grito, pero sin la experiencia de desesperación ante la acumulación de catástrofes que constituye el orden existente, no cabe pensar en una Teoría Crítica. Esto no tiene nada que ver con una especie de arrogancia moral que gusta de maquillarse con una afectación exhibicionista, tan aparente como vacía, sino con una angustiada desesperación ante el ingente dolor ajeno y la perpetuación la injusticia. Como de modo insuperable expresa H. Marcuse en una carta a Th. W. Adorno en abril de 1969, la situación «es tan atroz, tan asfixiante y humillante, que la rebelión contra ella obliga a una reacción biológica, fisiológica: no se puede aguantar más, uno se asfixia y tiene que respirar.» Quien mira hoy la realidad social a escala planetaria sin vendas en los ojos no podrá dejar de reconocerse en las palabras de Marcuse o, en caso contrario, nada tiene que buscar en el Teoría Crítica.

Esto explica la centralidad de la catástrofe de Auschwitz, lo que no significa convertir Auschwitz en un tema de la filosofía o de las ciencias sociales. R. Tiedemann lo ha subrayado en su reciente libro sobre Th.W. Adorno, *Mythos und Utopie* (2009): éste nunca pretendió hacerse de la catástrofe poniendo en juego la potencia del pensamiento, movilizandolos todos los recursos de la teoría social o haciendo valer las capacidades del arte. Más bien había que registrar el fracaso de todos ellos ante un acontecimiento impensable, que sin embargo obligaba a pensar la historia, la sociedad, el arte,... desde la quiebra irreparable que dicha catástrofe representa. Sin integrarla en ningún esquema explicativo o interpretativo y todavía menos extrayendo algún sentido del asesinato industrial de millones de seres humanos, había que dirigir la crítica contra los procesos económicos, sociales, culturales y políticos que produjeron las condiciones que habían hecho posible Auschwitz, y que no habían dejado de existir después de Auschwitz. Ésta contemporaneidad de Auschwitz, la pervivencia de las condiciones que posibilitaron el exterminio masivo, constituye otro de los elementos

esenciales para reclamar la actualidad de la Teoría Crítica, como ha visto W. Leo Maar en “Actualidad de la Teoría Crítica de la sociedad y el futuro de la emancipación” (2005). Auschwitz no es sólo un acontecimiento del pasado que supuestamente explicaría el negativismo de la Teoría Crítica y por el que hoy no necesitaríamos sentirnos interpelados de la misma manera que ella. Por el contrario, sigue siendo el acontecimiento desde el que buscar las claves para analizar críticamente nuestro presente.

Lo que Auschwitz permitió y permite reconocer es un fracaso civilizatorio de enorme magnitud, que afecta a la constitución de los sujetos y a las relaciones sociales y con la naturaleza. *Dialéctica de la Ilustración*, lo llamaron Horkheimer y Adorno, rompiendo así con el esquema evolutivo y sacando a la luz cuanto hay de regresión en el avance histórico presidido por la dominación. Dicha dialéctica no se restringe al sistema capitalista, pero para la Teoría Crítica es en él donde se despliega de manera más evidente. Esto impone una imposibilidad de reconciliación con el capitalismo. La dominación social y el potencial aniquilador que es inherente a este sistema de producción están presididos por una lógica implacable de acumulación que invierte la relación medios-fines y se emancipa frente a los sujetos, reducidos a meros agentes del proceso de capitalización. La Teoría Crítica no sólo parte de la prioridad de las estructuras sociales sobre los individuos, sino también centra su atención en la dinámica que en el caso de la sociedad capitalista impone el mantenimiento del proceso de revalorización del capital. Pese a los evidentes errores en la valoración de la evolución de lo que hoy se conoce como “modos de regulación”, que llevó a Pollock a formular la tesis del capitalismo de Estado, el núcleo duro del sistema siempre fue identificado con el intercambio y la ley del valor como constituyentes de la totalidad social antagonista, a través de los que se imponen la dominación y la desigualdad. En vez de yuxtaponer subjetividad y objetividad social, mundo de vida y sistema, analizaron ambos desde la categoría de mediación, cuyos ricos matices no idealistas resulta imposible abordar aquí. En cualquier caso, la evolución del sistema capitalista lejos de relativizar los sombríos análisis de la Teoría Crítica, más bien parece confirmarlos. La imposición global del capitalismo, unida al igualamiento de los ámbitos tradicionales de vida y los entornos culturales bajo la forma de la mercancía, produce una unidimensionalidad de las relaciones sociales de la que no parece haber escapatoria. Como afirmaba Th. W. Adorno, «no es posible colocarse en un punto fuera del engranaje que permita dar

nombre al espanto». Pese a que las contradicciones de clase no han dejado de crecer, la diferenciación e individualización de las formas de vida ha permitido al capital apropiarse incluso de elementos emancipadores de la cultura política moderna (autonomía, autodeterminación, movilidad, flexibilidad, creatividad, etc.) para el sometimiento de toda vida bajo la relación mercantil. El capitalismo ha seguido mostrando una increíble capacidad para absorber las propuestas críticas y alternativas, así como los potenciales de protesta, hasta darles la vuelta y hacerlos productivos para el sistema, depotenciándolos y paralizándolos. Lo cual no impide, ayer como hoy, que el carácter coactivo de la integración reabra permanentemente nuevos frentes de conflicto social y aparezcan nuevas formas de crisis y crítica. En este sentido, la Teoría Crítica analiza los cambios de las formas en que aparece el capitalismo bajo el aspecto de su posibilidad de transformación y necesita de un vínculo crítico con las nuevas formas de praxis emancipadora y de resistencia activa.

Evidentemente los repetidos bloqueos de la praxis necesaria están relacionados con las formas de falsa conciencia que reflejan y refuerzan la integración coactiva llevada a cabo por el sistema productivo. Un factor fundamental de integración de los individuos debilitados y fragilizados en el capitalismo avanzado es la industria cultural, generada por el mismo proceso de totalización capitalista de la sociedad. La teoría crítica de la industria cultural y los análisis benjaminianos de la empatización con la mercancía o de las fantasmagorías de la sociedad burguesa perseguían unas transformaciones que hoy dan la cara en todo su alcance. Quizás éstas sean aportaciones de una enorme actualidad y, sin embargo, serían las más necesitadas de ser rescatadas de los juicios sumarios e injustificados de elitismo o negación de cualquier posibilidad de autocrítica en su propio seno. Es probable que por eso también éste sea uno de los ámbitos en los que concentrar mayores esfuerzos de actualización, sin olvidar que para los autores de la Teoría Crítica en la teoría de la industria cultural siempre se trató de analizar críticamente una determinada transformación estructural de la sociedad capitalista.